

COLECCIÓN TRABAJO SOCIAL

TRABAJO SOCIAL EN CHILE:
HISTORIA Y GENEALOGÍA CRÍTICA
Acontecimientos, ideologías y formación (1880-1945)

TRABAJO SOCIAL EN CHILE:
HISTORIA Y GENEALOGÍA CRÍTICA

Acontecimientos, ideologías y formación (1880-1945)

Rodrigo Cortés-Mancilla

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

TRABAJO SOCIAL EN CHILE: HISTORIA Y GENEALOGÍA CRÍTICA
Acontecimientos, ideologías y formación (1880-1945)

Rodrigo Cortés-Mancilla

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 - Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Primera edición enero 2026
Impreso en Santiago de Chile por A Impresores

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato externo por par doble ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

ISBN libro impreso : 978-956-357-558-3
ISBN libro digital : 978-956-357-559-0

Coordinadora colección Trabajo Social
Mitzi Duboy

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior
Elba Peña

Diseño de portada
Francisca Toral

Imagen de portada
iStock



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

Prólogo

María Eugenia Hermida

9

Introducción

27

Capítulo I

El rizoma entre la cuestión social y colonial, como acontecimiento que configura el devenir del Trabajo Social

33

Capítulo II

De la beneficencia al dispositivo disciplinario: saber, nación y gubernamentalidad en la asistencia moderna

73

Capítulo III

De la configuración e institucionalización del Trabajo Social como dispositivo de Estado

113

Capítulo IV

Cartografías del devenir: prácticas, tensiones y huellas ideológicas en el Trabajo Social

165

Capítulo V

El porvenir del Trabajo Social: heredar desde los acontecimientos y las ideologías

201

Posfacio
El Trabajo Social no va de suyo
Saül Karsz
241

Referencias bibliográficas
249

PRÓLOGO

*María Eugenia Hermida*¹

I

No nos enamoramos de los libros que hubiéramos querido escribir, sino de los que nunca podríamos haber escrito. No son los libros que esperábamos con ansiedad los que se nos quedan instalados en la memoria, sino aquellos que no sabíamos que necesitábamos hasta que los leímos.

Leer. Sumergirse de modo tan cabal en una prosa, atisbar la luz parpadeante de un faro en esta noche de retorno de lo peor de la tradición neoliberal y neoconservadora, sentirse en casa en el rincón de un párrafo, y al instante arrojada a la intemperie de una nueva idea que nos inquieta y nos seduce: instantáneas de mi registro de lectura de este libro.

Si bien me enorgullece ser en tanto prologuista una de las primeras en incursionar por estas páginas, más aún me alegra ser apenas de las primeras de muchos y muchas que encontraremos en este libro la oportunidad de desear hacernos cargo de una herencia y transformarla.

Sí. El libro se las ve con el vértigo que supone reencontrarse con un legado que no está atrás, sino escondido en nuestras cotidianas formas de agenciar la profesión. De este modo, describiendo al Trabajo Social como enigma, el autor nos propone “visibilizar las

¹ Doctora en Trabajo Social, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Licenciada en Servicio Social por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Académica-Investigadora de la Facultad Ciencias de la Salud y Trabajo Social (UNMDP). Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-3579-9372>.

condiciones históricas que hicieron posible su emergencia, así como las fuerzas que hoy lo disputan y lo reinventan” (p. 154).

Lo cierto es que pocas veces, frente al desafío que he asumido ya en muchas ocasiones de prologar una obra, he sentido de modo tan implacable la sensación de que no hay nada que agregar. Pocas veces un libro tan sólido, tan compacto. Un discurso tan necesario, tan preciso. Un balance tan equilibrado entre referencias históricas, teóricas, disciplinares, políticas. Una cohesión tan bien trabajada que hace que solo sea posible imaginar (porque no se detecta a simple vista) lo escabroso del proceso de investigación que debió haberse transitado para dar a luz semejante obra.

El ritmo de los capítulos y sus párrafos, su extensión, su concatenación, acompañan nuestra lectura en una arquitectura cuidada que nos permite reservar el aliento para el esfuerzo que importa: el de aceptar la invitación del autor a revisar un conjunto de premisas que hemos tomado por válidas sin el debido reparo.

En efecto, el impecable orden de la prosa va produciendo en quienes leemos el desorden que solo saben producir los que hacen filosofía a martillazos. Entonces, es la tranquilidad y el pavor juntos, saberse en el hostil territorio de este mundo con sus violencias al desnudo, pero de la mano de quien ha estudiado los senderos durante años.

II

Los libros tan bien escritos como este, en mi opinión, no necesitan prólogo; sin embargo, sigo aquí, escribiendo. Es que decidí en esta ocasión, aprovechar la tarima que se me ha cedido para hacer otras cosas. Y una de ellas es la de reponer algo del contexto de producción de esta obra, seleccionado no ya el contexto histórico-geográfico del tema que aborda el libro (a saber: la historia de la formación del Trabajo Social chileno, aspecto que en mi carácter de extranjera me es algo más lejano), sino el contexto epistémico-biográfico de quien prestó su cuerpo y su tiempo como laboratorio para que aquella tesis doctoral y este libro emerjan. Me refiero a nuestro autor, a mi colega y amigo, Rodrigo Cortés-Mancilla.

Cuando me refiero al contexto epistémico-biográfico quiero recuperar el gesto de la epistemología feminista (Haraway 1995) que indica que el conocimiento no emerge nunca en un vacío, y que situar el conocer es condición de posibilidad para dar carnadura y espesor a lo construido y a la vez para visibilizar las subalternidades.

Si, como apunta Ahmed (2018), lo personal es teórico, si las trayectorias profesionales que vamos tramando dan inteligibilidad a las ideas que vamos forjando, pues entonces el intento de perfilar algunas escenas e improntas de quien acuerpa en este caso la función autor y de la comunidad epistémica que habla por su prosa, entonces la tarea cobra, a mi humilde modo de ver, algún valor. Esto quiero hacer: desencastrar premisas, descubrimientos, hipótesis del texto, traerlos a este prólogo, devolverlos por un instante al cuerpo que los hizo emerger, anudarlos en una narrativa que asuma la tarea que el feminismo crítico nos propone: resistir el gesto descorporizante y alienante de una academia que insiste en desafectar e higienizar las palabras, como si surgieran de ningún cuerpo, de ninguna garganta enrojecida por el grito.

Entonces: leí el libro; lo devoré. Un viaje en micro de ida, y una noche de desvelo en un aeropuerto de vuelta, acumularon una docena de horas que me resultaron cortas y largas a la vez: en ellas hice un viaje a cien años de historia (o más, porque como expresa el autor, la genealogía del Trabajo Social no se entiende si no nos remontamos a los procesos históricos que configuran la cuestión social/colonial) propulsada por mi vertiginosa lectura sobre una pista-prosa exquisita. Primer chapuzón a este mar de referencias y debates al que luego, ya sin la urgencia del primer encuentro, pude volver para hacer mi trabajo de prologuista, para el que, como dije, me vi complicada, ya que no podía encontrar qué agregar a una obra de esta envergadura.

Quizás por eso lamenté, al vérmelas con el desafío de escribir este prólogo, haber perdido aquellas líneas que hubiera escrito y leído para Rodrigo, de modo afectuoso e informal, en un evento del doctorado en Trabajo Social de la UAH, denominadas “Epistemología del *cachai*”, hace ya algunos años. Allí, con un tono distendido, con la dosis justa de broma que acompaña a esas verdades que son tan grandes que

no resisten el corto aliento de la seriedad, me propuse compartir en aquella ocasión con un puñado de colegas, una reflexión respecto de la relevancia que adquieren en lo personal pero también en lo profesional, la trayectoria, el modo de trabajar, investigar e intervenir, de algunos colegas que, a mi modo de ver, son imprescindibles. En la insistencia de ese *cachai*, con el que Rodrigo salpimentaba algunas frases, yo encontraba la persistencia y la convicción de la conversa, el intento siempre incompleto y por eso tan necesario del entendimiento, esos materiales básicos para tramar micropolíticas de la resistencia.

Una epistemología del *cachai* concluye siempre con un signo de interrogación. Una epistemología del *cachai* valida no al sentenciar y al cerrar, sino al pensar la semiosis a lo Peirce (2024), no como operación binómica, (sujeto cognoscente /objeto a conocer), sino tripartita, consciente que el sentido no termina de tramarse hasta que la pelota pasa la red en ambos sentidos y vuelve como crítica, como aporte, como reformulación.

Sí, en esta obra, se expresa el singular modo del autor de vérselas con el acontecimiento, con los discursos que nos atraviesan, con la ideología que nos habita en el inconsciente, configurando una suerte de ascesis al sentido foucaultiano, una práctica de sí que nos renueva en la confianza en que los modos otros de ser, estar y hacer existen y son posibles.

Las cosas no comienzan cuando comienzan. El primer berrido, el pétalo anticipando la floración, no pueden explicarse sin atender a los largos días que fueron gestando esa apertura. Este libro entonces es el resultado de una investigación. Una hecha no de cualquier modo. En ese largo camino, las mil y unas infidelidades a la premisa del sometimiento epistémico a un “logos” unívoco. Porque el texto opera desde lo que Rivera Cusicanqui (2018) denomina como epistemología *ch'ixi*. El tono del libro es el que se necesita para reconstruir una cartografía de la formación del Trabajo Social chilena. No hay color que en sí mismo haga justicia a la pléyade de luces y sombras de esta historia. Hay que entramar un dispositivo que soporte las tensiones de mirar desde múltiples sitios, en un trabajo cuidado de triangulación teórica, o como diría Richardson y St. Pierre (2017),

de cristalización. Manda la materialidad de la historia y un lugar de enunciación que se sabe nómada porque quiere desplazarse y habitar las múltiples deudas con las diversas subalternidades que quieren contar su versión de la historia. Entonces se teje aquí con muchas lanas: la genealogía, la crítica del capital, la crítica de la ideología, la deconstrucción, la inflexión decolonial feminista, y un esquizoanálisis de lo social.

Doy un ejemplo para que se entienda la radicalidad y la precisión de este gesto político. El autor explora un concepto caro a nuestra tradición disciplinar como es el de cuestión social. Sin ánimos de enciclopédismo nos deja en claro que maneja a la perfección la biblioteca que sobre él se ha construido. Lo sopesa en la tensión que produce cuando se lo pone a jugar con el campo problemático de la historia de la formación de Trabajo Social en Chile. De ese cruce ya ni el relato de la historia, ni la categoría que se tomó para explorarla quedan indemnes. Así nos encontramos con una revisión político-epistémica e histórica de la cuestión social: ya no nudo fundante del que se derivan manifestaciones sobre las que operará el Trabajo Social (como señala la posición del denominado enfoque histórico crítico), sino que será ella misma manifestación y producción de segundo orden de una trama anterior en términos históricos, lógicos y ontológicos: la cuestión colonial.

Vemos entonces que este libro no define argumentalmente qué es el pensar situado. Sino que toma otro camino, uno político: ejerce el pensar situado, imbricando las distintas dimensiones del “estar siendo”, permitiéndose vehiculizar un modo posible, uno de los tonos que toma el relato de saqueos, luchas y resistencias de nuestra América desde el sur cobre y mineral.

III

Sobre la mesa que es mi computadora, yacen como piezas de un rompecabezas imposible, decenas de extractos del libro. Los fui copiando y pegando. Fotos del viaje que supuso la lectura. Recortes.

Jugué por días con estas citas. Finalmente compuse dos figuras y aquí las comparto. La primera atiende a la forma: tres modos de ejercer la crítica que operan en el libro. La segunda al contenido: cinco prejuicios que el autor desarma. Ambas figuras son inescindibles y aquí las expongo como un registro posible de lectura del texto.

Comienzo recuperando lo que entiendo son las tres operaciones críticas centrales que circulan en el texto. La primera es declinar el gesto de la crítica trascendente para operar desde una ética y una estética inmanente. La cuestión social-colonial no es un objeto a describir, siempre el mismo e idéntico a sí mismo, sino una operación a desvelar. Y ese des-en-cubrimiento, como apuntara Dussel (1994), no se cifra en un abordaje lógico analítico empirista, ni en una ontología universalizante, sino en un trabajo minucioso de aproximaciones cartográficas a la materialidad de la historia en sus “múltiples determinaciones” (Marx, 2006).

Así vemos cómo al abordar la cuestión social/colonial, lo que aparece no es un gesto declamativo, ni una deducción lógica de las premisas de teorías consagradas, ni una recopilación inductiva de hechos que se supone hablan por sí mismos. Sino que emerge una trama sincopada de elementos específicos del control colonial cuidadosamente relevados (como el depósito, la compra ilegal de cuerpos, el secuestro, el inquilinaje), así como el análisis del efecto desigual de estos y otros dispositivos de control en los cuerpos feminizados, en tensión con revisiones de las lógicas específicas en las que la raza, el género, el trabajo y las lógicas de acumulación, operaron en el Sur. En efecto, poder desentrañar las singularidades que adquirió el colonialismo en el Reino de Chile, permite ubicar las singularidades de la colonialidad del ser, del saber, del poder y del género operando hoy día. Así como la esclavitud trasmutó en el siglo XVI en otros mecanismos de control y sujeción de los cuerpos, así en este siglo XXI los dispositivos de control de la gubernamentalidad capitalista, vienen complejizándose mixturando elementos de la lógica neoliberal, neoconservadora y neofascista.

La segunda operación que quiero evidenciar es la de asumir el reto de ampliación de la agenda crítica en la academia, acusando recibo

a lo que Arfuch (2016) denomina como procesos de afectivización de la vida política. El autor incorpora la dimensión del afecto a su estudio en un doble estatus. Lo asume como parte de las superficies a explorar dentro de las dimensiones que componen su problema de investigación, y a la vez lo incorpora dentro de las categorías teóricas para realizar las operaciones de la crítica.

Trazas de este gesto se observan en la pregunta por las resistencias a la cuestión social/colonial: “Esta posibilidad de fuga revela la fragilidad del poder hacendal: su eficacia dependía de la adhesión afectiva del subordinado. Cuando el deseo se desvincula, el orden se tambalea. La desobediencia no era solo política: era existencial” (p. 56).

Es que la genealogía sirve para esto, para conmover nuestras preguntas, y al ver los ecos de la historia en nuestro presente, interrogarnos: ¿Qué afectos hoy día sostienen la adhesión a la razón gubernamental neofascista que pareciera ir ganando peso en la agenda política global? ¿Cuáles son los resortes emocionales que permiten prescindir de ciertos mecanismos de imposición y coerción para decantarse por estrategias de captura del deseo de un número creciente de cuerpos en los que han logrado calar las “pasiones tristes” (Spinoza, 2020) del odio y la violencia racial y sexista? ¿Qué agenda crítica se apertura para un Trabajo Social que, nutrido por estas referencias genealógicas, encuentra su oportunidad de interrogarse por los paisajes emocionales que ha configurado, recorrido y promovido? ¿Qué intervenciones, qué afectaciones, qué desobediencias, qué desvinculaciones, que reenlazamientos, qué invenciones podemos cartografiar de cara a una relibidinización de las apuestas a lo común, a lo público y a la justicia social?

El tercer gesto de la crítica que quiero subrayar es el de la ruptura con una posición que denominaré como pseudocrítica pasiva desimplicante. Nunca han faltado en la academia posiciones que, decorando su semántica con términos de la crítica, dibujan un diagnóstico omniexplicativo, siempre idéntico a sí mismo, inmune a las singularidades de los tiempos y los territorios, donde desde un esquema dicotómico organizan las discusiones con un solo término en mayúscula, silenciando en ese gesto la difracción de la herida

colonial-patriarcal y sus interseccionalidades. Este diagnóstico suele venir acompañado de una suerte de propuesta, también siempre idéntica a sí misma, que es la única salida posible, y que deberá esperar las condiciones materiales para su ejercicio, o propulsarlas, pero siempre por fuera de lo que se entiende directamente como intervención en primera línea, porque este espacio es por definición, reproductor del orden imperante. El efecto político, teórico y afectivo de este camino es el conformismo, el goce en la oratoria inflamada de algún “*pater*” académico que repita el decálogo de los bienes y males ya consagrados, la disociación entre un gesto pseudo teórico de repitencia del único discurso que se supone crítico, y la reproducción desafectada de las tareas cotidianas sin mayores sobresaltos ya que esa contienda está perdida desde el vamos.

Frente a esta mirada, que el texto no pierde el tiempo en tematizar, aparece un agenciamiento, el propio modo de hacer de esta obra: un modo de investigar y escribir que revela cómo la propia historia no se dejó llevar por estas premisas de una pseudo crítica pasiva, y, acontecimiento mediante, se transformó a sí misma. Y no solo la historia en general, sino la historia del Trabajo Social en particular. Cuando el libro “relata” la historia del Trabajo Social en esta clave, no solo la “documenta” sino que la “produce”. Y esto nos permite creer y crear un Trabajo Social otro: “la escritura del acontecimiento no transmite lo ocurrido, sino que lo transforma” (p. 236).

Entonces, frente a una pseudo crítica que solo cuenta con un diagnóstico posible para nombrar las desigualdades y cerrar la puerta a las pasiones alegres de la creación de modos otros de ser y estar, lo que este libro hace es habilitar un estar siendo abierto a la transformación, sin pesimismo ni optimismo, sin recetas ni teleologías. Un implicarse, un afectarse por esas pistas que la perspectiva deleuzeana señaló como puntos de fuga, y que no estar afuera ni arriba, están en el “entre” de los cuerpos cuando se sustraen de las técnicas de gubernamentalidad que nos cafishcean (Rolnik, 2019) el deseo. Así encontramos una crítica que no es funcional al orden vigente porque no nos dice que todo está perdido, ni tampoco es propositiva en términos de decirnos qué hacer. Es, antes bien, radical, situada, corporizada: “El Trabajo

Social, en su dimensión más radical, sería entonces una clínica del presente, una pragmática del afecto que escucha lo que tiembla, lo que vibra, lo que aún no tiene nombre” (p. 210).

IV

Ya en la década del sesenta, Arturo Jauretche, político e intelectual argentino, señalaba un conjunto de premisas que, según su análisis, configuraron una pedagogía colonialista. Las denominó “zonceras” (1968), señalando que surgen de la propia historia, y que tienen su origen en la primera y más determinante premisa necesaria para operar el control de nuestra nación: civilización y barbarie. De este modo, su libro se presenta no como un catálogo completo de premisas de control que hemos internalizado sin cuestionar, sino como un manual, en el que, apuntando unas cuantas zonceras, nos permita tirar la punta del hilo para que entre todos y todas podamos desenredar la madeja.

Varias décadas más tarde, Alejandro Grimson recuperó algo de ese gesto, al abordar lo que denominó mitomanías argentinas (2019), entendiendo por las mismas, cierta manía de plantear mitos en el sentido de creencias populares que son falsas y tienen un papel negativo en la sociedad en términos de que legitiman situaciones de racismo, sexismo, o discriminación.

Encuentro este libro como parte de esa genealogía crítica de ubicar zonceras, mitos, prejuicios, en este caso relativos a los modos como lidiamos con la historia profesional y sus sentidos. Por eso, como anticipé en el apartado previo, apunto aquí cinco prejuicios que el texto desarma.

La primera falacia que el texto deconstruye es la idea extendida y promovida por buena parte de la literatura eurocéntrica, de que lo colonial remite a un tiempo pasado, lineal, cerrado sobre sí mismo. Una etapa superada, más o menos deseable o indeseable de acuerdo con quien la caracterice, pero sin dudas sintetizable en la imagen de un gigante arrasando con un mundo previo y sin reacción. Una

contienda sin chances y ya ganada hace tiempo. En este texto el autor se encarga de fundamentar dos premisas que configuran una posición diferente, señalando que en primer término lo colonial sigue siendo y, en segundo lugar, que lo colonial no fue ni es sin lo decolonial concomitante.

Es así como en sus páginas releva que “no hay corte limpio entre colonia e independencia, sino procesos en mutación. El orden colonial no desaparece: se transforma” (p. 65). Se listan diversas formaciones materiales y discursivas donde lo colonial se reproduce mutando su semántica: narrativas de seguridad, criminalización, y posteriormente de filantropía, operan como núcleo traductor de la lógica colonial en la posindependencia. Estos dispositivos van reconfigurando los resortes de la gubernamentalidad: “el tránsito desde la beneficencia privada a la salud pública no significó simplemente un cambio de financiamiento o de agentes ejecutores. Implicó la transformación de las formas de gobernar la vida” (p. 92). Vemos cómo lo colonial sigue operando en diferentes prácticas de normalización y disciplinamiento, demostrando que “lo colonial no fue un tiempo detenido” (p. 57). Pero no solo mutan los dispositivos de control; también lo hacen las formas de resistencia. La historia colonial no puede leerse únicamente como una historia de dominación, sino también como un entramado de agenciamientos menores, contraefectos y líneas de resistencia que no siempre se reconocen –ni se dejan reconocer– como tales (p. 59).

De este modo podemos encontrar un conjunto de prácticas específicas de captura de los cuerpos y las riquezas, y a la vez alusiones a esas resistencias ignotas o negadas: huidas, alianzas territoriales, hibridaciones, oralidades transmitidas en secreto. Este repertorio de estrategias que pueden parecer menores, son las que habilitaron y habilitan los múltiples procesos de reexistencia a lo largo de cinco siglos. No es una tarea menor dar con ellos, calibrarlos, sopesar sus vínculos con nuestras resistencias presentes, y la savia compartida que los nutre.

La segunda premisa que es desnudada en sus puntos ciegos es la que intenta capturar la compleja historia de la configuración de la burguesía y proletariado chilenos, en un “origen” puro, o punto fijo.

El texto señala el error de esta mirada ortodoxa y lineal y se ocupa de mapear “una proliferación de flujos codificados –de metales, tierras, cuerpos– atrapados por máquinas extractivas imperiales” atendiendo a que “en la zona colonial, la acumulación primitiva no fue una etapa superada (Marx 1867), sino un dispositivo activo” (p. 62).

En efecto, debates actuales en el Cono Sur señalan la urgencia de denunciar las “zonas de sacrificio” (Bolados García y Sánchez Cuevas 2017), donde el extractivismo capitalista colonial patriarcal sigue operando, sosteniendo sus lógicas, pero renovando sus prácticas, lo que nos exige reinventar nuestros modos de resistir. En tanto la cuestión social es colonial, la configuración del Estado chileno, y los mecanismos de clasificación clasista y racista de sus cuerpos, no están escindidos de nuestro oficio. Tal como asume el autor, el Trabajo Social emerge allí, “cuando la colonialidad se vuelve socialidad intervenible” (p. 29).

La tercera premisa que el autor desestabiliza es la idea del Trabajo Social como mera disciplina. No se trata de un oficio sin más, no puede entenderse como una respuesta técnica derivada lógicamente de una posición epistémica denominada positivismo, que viene por fuera o desde arriba para abordar un objeto preexistente como es la cuestión social. Antes bien, el texto se encarga de demostrar que el Trabajo Social en Chile y en Latinoamérica surge en el seno de la grilla de inteligibilidad del positivismo, entendiendo aquí al mismo no como enfoque epistémico sino como proyecto político que consolidó la tensión civilización/barbarie en los países del Cono Sur a fines del siglo XIX, para diseñar a inicios del siglo XX sus estrategias de abordaje de la cuestión colonial/social.

En este camino que va del castigo al disciplinamiento, del control a la integración, de la normalización a la pregunta por la desigualdad, se cifraron operaciones que configuran el modo de ser del Trabajo Social: “la cuestión colonial/social es también el espectro de esas historias. Es la memoria activa de lo que pudo ser y no fue. Por eso, su análisis exige no solo una historiografía, sino una cartografía: pensar sus líneas, sus fugas, sus conexiones subterráneas” (p. 70). El libro busca de este modo interpelar las posiciones

ingenuas, así como las críticas binarias, afirmando que “el Trabajo Social no debe entenderse como una simple práctica solidaria, sino como una tecnología política de gestión de poblaciones, una forma de gubernamentalidad que produce sujetos y modula sus afectos, conductas y posibilidades de existencia” (p. 101).

Estas ideas no son abstractas. Un cuidadoso trabajo de archivo va desmenuzando cómo en diferentes momentos históricos, los proyectos formativos de la profesión fueron lidiando con ideologías y acontecimientos. Vemos, por ejemplo, cómo en el período de la denominada República Parlamentaria (1891-1920) la minería en Chile se convierte, no ya en una industria sino en una máquina de subjetivación, generando “una nueva diagramación del espacio urbano y una reingeniería de las sensibilidades sociales” (p. 73), en la cual nuestro oficio se inserta. O los golpes del 24 y 25, donde el autor señala “momentos en los que el deseo popular se activa, pero corre el riesgo de ser capturado por una racionalidad estatal” (p. 108) apuntando que “el Trabajo Social que se consolida en este marco nace en esa ambivalencia. Es hijo de la esperanza y de la captura” (p. 108). De este modo se desarma la mirada individualizante de las primeras visitadoras sociales, atribuyendo de manera unívoca a ellas, sus voluntades, saberes, posibilidades y limitaciones, las derivas del oficio. No se trata tanto de nombres propios como de regímenes de gubernamentalidad, pero entendiendo que los mismos no operan como máquinas totales que convierten a los agentes en marionetas, sino como valencias de fuerza que se encuentran con resistencias y fugas operadas por los propios cuerpos feminizados que no se limitaron a reproducir², que marcaron improntas, fugas, oportunidades.

Un cuarto prejuicio que el autor pone en jaque es el de la posición subalternizada del Trabajo Social respecto de oficios mayores, como estigma constitutivo de su origen. El rastreo de archivo que realiza en su investigación, relativo a las escuelas de Trabajo Social del Estado

² Mal que les pese a muchos, nosotras, en la historia, no todas, no todo el tiempo, pero sí tantas veces, cuando logramos devenir clase mujer fugitiva al decir de Wittig (2006) –fugitivas del mandato cis-heterosexual, pero también fugitivas del mandato de blanquización de las poblaciones, fugitivas del mandato de la alter y auto sumisión, fugitivas del contrato colonial patriarcal– hemos encontrado el modo de escapar del mandato de ser solo máquinas de reproducción –de cuerpos y del orden–.